

No veo aquí, en la proporción histórica que les corresponde, ni á San Luis, ni á Carlos V, ni á Luis XI, ni á Du Guesclin, ni á Bayard. No surgen Richelieu, ni Colbert, ni Mazarino, ni Turena, ni Condé, ni Luis XVI. En cambio, se están levantando monumentos á personajes modernos, muchos de ellos no juzgados aún; frutos madurados acaso artificialmente, mármoles poco duros.

Vese, de vez en cuando, es cierto, algún Carlo Magno ó algún Enrique IV que pasan, caballeros en sus negros caballos de bronce, por la plaza de *Notre-Dame* ó por el puente nuevo; aún se ve desembocar, por la *rue des Pyramides* hacia las Tullerías, la hermosa figura de Juana de Arco que se empina en los estribos para alzar en alto la gloriosa bandera de su patria; la incomparable heroína resplandece con luz tranquila allí en su pequeña plaza, y Paris riega á menudo de flores su pedestal. Pero es indudable que todo eso abre paso al emperador y á su época y á su siglo. Se dijera que los viejos héroes, al retirarse, sofrenan un momento sus caballos, para contemplar de lejos la apoteosis del emperador.

Arco de triunfo con Napoleón y sus victorias y sus generales; arco del Carroussel con Napoleón y los soldados de su guardia de alto morrión y fiero continente; columna Vendome con Napoleón vestido de túnica romana; columna de la Victoria ó *du palmier* con los nombres de las victorias de Napoleón; puente de Iena, y de Austerlitz, y de Arcola, con águilas imperiales en los estribos;

avenidas de la Grande Armée, y de Friedland, y de Rivoli, y de las Pirámides, y de Wagram, y de Hoche, y de Kleber, y de Marceau. Eso es lo que suena, eso lo que se destaca para el viajero en Paris.

En las galerías de pinturas del Louvre los grandes cuadros de David sin la apoteosis de Napoleón; el Emperador está en todas partes en las galerías de Versailles; en los salones anuales de pintura, Bonaparte ocupa las grandes telas. Una interesante exposición de la Revolución y el Imperio, que encuentro abierta, me hace conocer el lecho de muerte de Napoleón, sus últimos muebles, las ropas que usó en Santa Elena, sus camisas, sus calcetines, su sombrero de paja, los retratos y las armas de sus generales, rotas ó abolladas por las balas enemigas. Se ven por todas partes los retratos y las estatuas del emperador: á pie, á caballo; ya en actitud de meditación sombría, ya radiante de inspiración, ya vago como sombra que pasa al galope por el campo de batalla, despertando los recién muertos gloriosos que se incorporan un momento sólo para gritar; viva el emperador!

Se vé la figura pálida del flaco soldadito de Tolón con traje del directorio, faja tricolor y larga melena de crenchas lacias; se vé después la otra figura, la del Cónsul, la del César, redonda, con su corto mechón de cabello sobre la frente, ó su sombrero elástico erguido sobre el entrecejo poderoso; con las piernas en sus ceñidos pantalones blancos y en sus botas; con la mano derecha entre los botones de su casaca gris.

El otro Napoleón, el tercero, fué el que construyó, puede decirse, este gran París moderno, borrando el antiguo con rayas de *boulevares*, como se tacha con la pluma una página que se corrige; pero como él nació y vivió de la gloria del primero, parece que su obra consistió en abrir grandes espacios para escribir el nombre de aquél por modo indeleble. Napoleón III no existe en París, no se le vé. No hay más emperador, que *el emperador*.

Los mismos grandes nombres de generales y soldados que suenan en calles, plazas y avenidas: Massena, Kleber, Marceau, Lannes, son sólo satélites del astro que paseó el cielo de Europa á principios del siglo goteando su luz roja como de sangre encendida.

Penetro en el gran patio de honor del Hotel de los Inválidos, noble construcción levantada por Luis XIV para dar asilo á los viejos servidores de la patria; y también allí, en el sitio protagonista, me encuentro con la estatua del emperador que ocupa el arco central de la galería superior. Ahí está con la cabeza cubierta por su tricornio, é inclinada sobre el pecho; con la mirada de abismo luminoso hundida en el pensamiento; con la mano en los botones de la *redingote*. También se ha absorbido, pues, Napoleón la severa construcción de Luis XIV. Su patio de honor es el pedestal de su estatua; su hermosísima cúpula dorada es el baldaquino de su tumba.

Entro en esta: es un templo greco-romano en forma de cruz griega, de brazos iguales. En el frente á la puerta de entrada hay un altar con un gran crucifijo de bronce obscuro bajo un baldaquino sostenido por cuatro columnas torsas ó salomónicas de mármoles brillantes y bronce dorados.

Sobre la intersección de las naves, se levanta la cúpula que es lo protagonista: lo demás concurre sólo á su solemne efecto. Bajo la cúpula está la tumba.

No te daría idea sensible de esta, si me limitara á decirte que ocupa el fondo de una cripta abierta en el centro del templo. Es necesario que te la haga ver con más precisión, pues tú no conoces criptas análogas.

Imaginate una escavación, un amplio pozo circular, que ocupa, bajo la cúpula, el centro de la iglesia, rodeado de un brocal de mármol. En el fondo de esa escavación se ve, desde arriba, el sepulcro sobre un piso de mosaico. Es aquél un gran sarcófago, en forma de cubo antiguo de mármol rojo, brillante, rodeado de doce estatuas blancas que están de pie delante de sendas pilastras cuadradas. Estas forman una obscura galería circular en torno del sepulcro.

El efecto que produce el interior de este templo es grandioso. En los templos en que la nave principal es más larga que la del crucero y la del ábside, es necesario adelantar algo en la nave de entrada para llegar á colocarse bajo la cúpula; el

espíritu se prepara á la impresión de ésta. Aquí, por el contrario, hay choque estético, sorpresa; todas las sensaciones estallan juntas como un acorde. Con sólo andar algunos pasos en el templo, ya se encuentra uno junto á la balaustrada de la cripta central. Se alza entonces la cabeza y se ve, arriba, la soledad de la cúpula; se baja la mirada y se ve, debajo, el misterio de la cripta. En el centro de esta está el sarcófago, frío, mudo, sin atributos: una gran piedra rojiza, envuelta en un crepúsculo. Las dos impresiones, la de arriba y la de abajo, se funden en una sólo emoción de vacío y de silencio, es decir, de grandeza.

Es un triunfo.

Después de pasear un momento la mirada por la cúpula, se apoya uno en la balaustrada, y mira hacia abajo. . . . y se queda largo rato mirando aquel sepulcro brillante y frío, como si quisiera penetrar con la mirada hasta el cuerpo embalsamado que está dentro de él. Se miran enseguida las estatuas pálidas é inmóviles que lo circundan, y que parece van saliendo de la sombra como apariciones, y detallándose poco á poco. Mira uno, por fin, los grupos de banderas que hay por allí, banderas desteñidas por el aliento de fuego de la batalla en que flotaron, pendones muertos como el héroe, sombras de una sombra.

Las doce estatuas, que se observan después de romper el círculo mágico en que uno ha estado clavado al mirar el sarcófago, son bellísimas. A primera vista parecen idénticas entre sí, imperso-

nales; pero, á medida que se detallan, van presentándose con personalidad propia.

Son griegas; tienen la inmovilidad, la imperturbabilidad de la estatua helénica, su secreta facultad de imponer silencio, de no distraer, y de confiar el secreto de su vida sólo al que anhela saberlo. No llaman, no preguntan jamás; contestan al que quiere y sabe interrogarlas. Son rígidas sin dureza; los pliegues de sus clámides tales caen ingenuamente; son líneas puras que ondulan; sus actitudes son nobles; sus cabezas, de clásica forma, tienen la expresión de bellas esfinges animadas; sus ojos sin pupilas miran el sarcófago con esa expresión de fijeza, al par que de vaguedad, que es propiedad de la mirada de mármol, cuando el arte ha conseguido que el mármol mire.

Ese conjunto de inmovilidad y de silencio no existiría, sin embargo, en este monumento, si el templo no estuviera iluminado por una luz dulce y fría que, penetrando por las ventanas del crucero, al traves de los vidrios de un blanco ligeramente azulado, difunde en el aire un tímido color de aurora, dejando la cripta envuelta en medias tintas. La luz solar de las ventanas de la nave absidial penetra en cambio con libertad, é ilumina vigorosamente los mármoles de colores y los dorados del baldaquino del altar con resplandores de gloria. En medio de estos, abre los brazos y deja caer la cabeza sobre el pecho el Cristo de bronce. Ese baldaquino es un tribunal.

Salgo, pues, de la tumba del emperador y con-

servo, como impresión protagonista, el recuerdo de esa luz vaga, azulada, que se difunde por el templo : luz de aurora, luz de juicio final.

Es la que corresponde á la memoria de ese héroe extraño que está allí callado para siempre, metido en su sarcófago de piedra, rodeado de esfinges blancas, muerto ante el Cristo envuelto en luz.

A este la árdua sentencia.

Cuanto á nosotros, aún no somos su posteridad.

¿ Acaso existe la posteridad sobre la tierra ?

En la luz crepuscular que envuelve la tumba del emperador, yo he creído ver algo de esos resplandores de luna que inician la noche, ó de esas tintas, entre rosadas y celestes, que anuncian las auroras : rayos de la tarde de Santa Elena, mezclados acaso con los de la aurora de Austerlitz.

PARIS

La calle más hermosa de Paris [es el río Sena que atraviesa la ciudad dividiéndola en dos partes iguales.

Mucho más que recorrer los *boulevards* que me encierran y me aturden y me limitan los horizontes, me gusta recorrer el Sena en los vaporcitos-ómnibus que lo cruzan á cada paso, sin ruido, resbalando por la superficie tranquila, y que nos permiten tomar distancia para ver las cosas, gozar de cuadros en que no estamos metidos nosotros mismos. Me parece que, desde el momento en que el vaporcito se desprende del pontón, salgo de Paris, y lo veo con calma desde afuera.

Es este agradable paseo una parodia de viaje, con embarque, ruido de agua removida por el hélice, resoplidos de vapor, temblor de barco en marcha, movimiento de la cadena del timón, olor á aceites quemados y á cables con alquitrán. Se juega á los viajes, como los niños á los muñecos ; viajes de

cinco ó diez minutos de una estación á otra, que permiten detenerse donde uno quiere, ver distintos cuadros, ya desde un puente, ya desde una calle, y seguir el viaje tomando otro vaporcito que pasa diez minutos después.

El río es ancho, cien á ciento cincuenta metros; profundo de tres ó cuatro, fresco, de corriente rápida. Es un río que parece, por sus proporciones, hecho expresamente para París. Ni es tan caudaloso que cobre el aspecto serio y comercial del Támesis en Londres, ni tan escaso que pierda el carácter de verdadero río. París lo quiere bien, lo cuida, le arregla el lecho en que corre, lo cruza de puentes elegantes como de arcos triunfales, y le presenta sus mas hermosos edificios alineados á lo largo de su corriente.

Lo recorro en una mañana de sol. Los *quais* ó calles ribereñas de uno y otro lado están á dos ó tres metros de altura, y se ven poblados de árboles que forman una larga franja verde. Se desciende de ellos á la playa adoquinada del río por escaleras de piedra; sobre esta playa pavimentada desarrolla el Sena el blando movimiento de sus olas.

El agua es verdosa; pero en un día como el de hoy, en que el cielo está limpio, aparece azulada y brillante. Un ambiente de fresca alegría parece salir de su superficie.

El vaporcito adelanta por el centro del río. En las márgenes hay movimiento de trabajo. Sobre las

grandes chatas cargadas de materiales de construcción, piedras, balastro, arena roja, maderas, se mueven los obreros que cargan ó descargan. Se acercan á ellos los carros que descienden á la orilla por planos inclinados desde lo alto de las calles. Los pescantes á vapor extienden su brazo oblicuo de hierro, que gira en el aire llevando colgado el cajón que sale lleno del vientre de la chata y se derrama con estrépito en tierra, para regresar de nuevo por el aire vacío y tambaleante.

Pero ese movimiento de trabajo no absorbe, no imprime carácter á las orillas del río. La gente que pasea se mezcla á la que trabaja: los muchachos que juegan, los perros á los que se hace nadar arrojando al agua piedras ó trozos de madera, los caballos que se bañan, la gente desocupada que pesca con caña, sentada en los malecones, todo es pintoresca nota del cuadro. Las mismas chatas que recorren el río ó están atracadas en sus márgenes tienen su casilla habitada, con sus ventanillas de cortinas blancas, y sus macetas de flores, y sus jaulas con pájaros prisioneros. En ella vive la familia del barquero; andan por sobre su cubierta la mujer de este, y los niños de cabecitas rubias, y el perro que se acerca al borde de la barca, y, desde allí, con la oreja parada y las patas rígidas, atisba al enemigo invisible á quien siempre espera, y se retira dejando algunos ladridos en el aire.

Al través de los arcos de piedra del puente más próximo se ven los de hierro del de más allá, y el de otro más lejano. En el estribo del primero, á flor

de agua, están de pié dos soldados de piedra con las manos apoyadas en los fusiles, los bizarros soldados de Crimea. Pasamos á su lado y atravesamos el ojo del puente.

Los vaporcitos omnibus discurren en todas direcciones, van y vienen. Los unos se alejan mostrándonos la popa, que se hunde en el agua revuelta en la que queda profunda estela; los otros se nos acercan presentándonos su afilada proa, agrandándose á medida que se aproximan, y cortando el agua como un cepillo de carpintero que levanta virutas blancas; los otros pasan y repasan á nuestro lado, mostrándonos las séries de sus ventanillas cuadradas.

Estos vaporcitos, *bateaux-mouches*, son ligeros, elegantes, alegres; recogen la luz en sus cubiertas blancas, en sus toldillas de telas de colores claros, en sus esbeltos cascos rojos, y la pasean sobre el rio. Se detienen, á toque de campana, en sus pontones-estación, para dejar una hilera de gente por un lado, mientras recogen otra hilera por el otro en un minuto; y siguen ligeros, y esbeltos. Se les vé por todas partes: el Sena sin ellos seria triste; no tendria con quien reir.

El inspector anuncia á voces, y agitando una campana, el arrivo á las estaciones: ¡*Pont des Invalides!* ¡*Trocadéro!* ¡*Champ de Mars!*

Por el centro del rio van jádeantes los vaporcitos remolcadores pintados de negro. Más serios, más burgueses que los *bateaux mouches*, desdeñan la elegancia y buscan solo la fuerza; arrastran un ro-

sario de enormes chatas cargadas de maderas ó de piedras, casi hundidas en el agua por el peso; tiran de la cuerda á que estas van amarradas; forcejan haciendo resonar sus toses de vapor, arrojando bocanadas de humo negro por sus chimeneas, y chorros de agua caliente por sus flancos de hierro; lanzan de vez en cuando un suspiro sonoro por sus silbatos de bronce que se envuelven en blanca neblina, que recuerda el aliento caliente de una boca en una mañana de invierno. Al pasar debajo de los puentes doblan sus caños articulados para no tropezar, como si se agachasen, y siguen, siguen tirando. Da ganas de aplaudirlos, al verlos tan fuertes, tan valientes. Las estúpidas chatas se dejan arrastrar, indolentes y hundidas en el agua, sin hacer nada por la riña; parecen viejas paráliticas arrastradas por un niño.

Se van cruzando, uno tras otro, los puentes de la ciudad, unos de piedra otros de hierro; se siente, al pasar bajo de ellos, el trueno de los carros que pasan por arriba; sobre sus pretilos se ve desfilar sin interrupción el hormiguero humano: omnibus que aparecen enormes vistos desde abajo, con sus imperiales llenos de gente que abre sus quitasoles; coches que van y vienen, hileras de gente á pié, cuyos bustos, cabezas, sombreros ó paraguas llenos de sol, se ven pasar por sobre el antepecho del puente como muñecos fijos sobre una cinta que se desliza.

De los edificios que frangean el rio, se distinguen, sobre las copas de los árboles que ocupan el

primer término, las puntas más salientes: una cúpula ó una torre, un pedazo de los últimos pisos de las casas, sus techos de pizarra abohardillados y erizados de tubos de chimeneas, una bandera tricolor que flota en el aire.

— ¡*Concorde!* grita el inspector del vaporcito.
¡*Pont de la Concoorde!*

Subamos, pues, al puente de la Concordia, centro de la ciudad; veamos el cuadro desde arriba.

Grande extensión vacía en todas direcciones.

A nuestra izquierda se extiende espléndida la plaza de la Concordia con su obelisco en el centro y sus dos fuentes de chorro exhuberante á los costados. Allá del otro lado, entre dos construcciones iguales de arcos y columnas que limitan por allá la plaza, desemboca en esta la *rue Royale*, cerrada en el fondo por el timpano triangular y el pórtico corintio de la iglesia de la Magdalena. A nuestra derecha, del otro lado de la calle ribereña, el frontón y pórtico griegos de la Cámara de Diputados, que aparece achatada por la extensión; y la desembocadura oblicua del boulevard Saint Germain. A nuestra espalda la corriente del Sena sobre el que hormiguea el sol en larga estela de oro fundido. Cierran el horizonte de este lado las colinas lejanas; y, en primer término, sobre los arcos del primer puente y sobre los árboles verdes que se ven tras él, se eleva la redonda mole del palacio del Trocadero, formada por arcadas pequeñas sobrepuestas que me recuerdan los nichos del muro

de un cementerio, y coronada por dos torres de estilo oriental, cuadradas y esbeltas. La torre Eiffel, á la izquierda, esfuma el largo cuello en el esplendor del aire.

En el lado opuesto, frente á nosotros y á lo largo del Sena, se ve el Paris antiguo: las islas de Francia y de San Luis, las dos hermosas torres cuadradas de *Notre-Dame* y su aguja fina, la otra aguja de la *Sainte-Chapelle*, la cúpula redonda color de pizarra ó de hierro del *Instituto de Francia*, el trapezoide del palacio del *Louvre* que se eleva sobre los árboles que ocultan el primer piso, y enarbolada en alto la bandera francesa. Y otras torres puntiagudas más allá, y unas cuantas chimeneas de fábrica que humean allá muy lejos entre las nieblas de un gris rosado; y el horizonte, en fin, en que se hunde la inmensa ciudad.

Es esta una extensión de construcciones que, aunque grandiosas, aparecen achatadas por la dilatación del espacio que las envuelve; un cuadro plano del que es protagonista el río que tenemos á nuestro frente y á nuestra espalda, la serie de puentes animados por la multitud que los cruza, los arbolados de las márgenes, los establecimientos flotantes de baños con sus series de ventanillas atracados en las costas, los vaporcitos llenos de gente y de luz que van y vienen, entran por los ojos de los puentes y salen de ellos haciendo sonar su campana, los curiosos ó pescadores de caña recostados en los parapetos ó sentados en las escaleras de piedra que se hunden en el agua.

Es, realmente, un espectáculo espléndido.

Entretanto, por el puente que ocupo, va pasando á mi lado el detalle del París viviente, las hormigas de ese gran hormiguero humano: ómnibus como torres, atestados de gente; damiselas de redondos sombreros de paja y exhuberantes pantorrillas, caballerías á la gineta en sus velocipedos, y que se agachan para oprimir los pedales; un portero de oficina de galoneada gorra y botones dorados; un misionero de barba y largo cabello gris con su *rabat* sobre el pecho; más velocipedistas que caminan á pie por el borde de la acera haciendo rodar á su lado la ligera máquina; una hermana de san Vicente de Paul que, con los ojos bajos, cruza el puente como una ave azul de alas blancas que busca callada el nido; series de *fiacres*; soldados; carros cargados de mercancías, bolsas, pipas, cajones, y cuyo peso hace estremecer el puente; un perrillo que, desde los brazos de una señora que lo lleva, mira enojado el tumulto, ladra y se esconde gruñendo en el caliente seno que lo abriga; diez, veinte, cien clases distintas de coches de casas de comercio, de colores llamativos y letras doradas, con cocheros y lacayos y pajes; estudiantes y agentes de comercio con sus carteras bajo el brazo; un soldado de dragones que pasa á caballo reflejando el sol en su casco de bronce del que cuelga sobre la espalda el penacho de crin negra; chiquillos, viajeros con anteojos, negros del Sudán, obreros, coches aristocráticos... la mar. Todo eso se ve en diez minutos; todo pasa y se renueva sin cesar. Y

pasa en silencio relativo: no se oyen voces; aquí, en general, nadie habla en voz alta; creo que los mismos perros de París se han habituado á no ladrar por las calles; se huelen en silencio; solo suena la balumba de ruedas y cascos de caballos sobre el pavimento, como un redoble sobre un bombo.

Bajemos, pues, la escalera del puente y descendamos á la orilla; tomemos ese vaporcito que se acerca un momento á su pontón tocando la campana, y, como una gaviota que da al pasar un picotazo en la orilla, se desprende inmediatamente para seguir hacia *Notre-Dame*.

El Sena se bifurca cruzado por dos puentes para abrazar la pequeña isla de la *Cité*. Ahí está la antigua *Conciergerie* llena de carácter y de recuerdos; sus torres de piedra negra parecen tubos lisos cerrados por largos embudos. Se une el río y vuelve á bifurcarse para abrir espacio á otra isla más pequeña, la de San Luis, cuna de París que se agrupó un día allí, al rededor de su gran catedral.

Aún hoy, vista desde el Sena, la cincelada mole negruzca de *Notre-Dame* se hiergue soberana en aquella pequeña isla que parece arrojada al río con la espléndida catedral cimentada en ella y formando con ella un solo bloque de piedra rodeado de agua. El gran bloque aparece coronado por la crestería del templo; por sus dos torres cuadradas, de esbeltas ventanas gemelas como dos largos nichos ojivales; por los encajes de piedra que forman sus rosetones; por sus contrafuertes aislados termina-

dos en agudos y elegantes doseletes y en agujillas finas, y en los que se apoya el maravilloso juego de arbotantes tenuísimos que soportan el ábside, como brazos delicados que sostienen una joya con la punta de los dedos.

Este exterior de *Notre-Dame* es una maravilla.

Bajo á tierra para pasar media hora encantado en torno de la catedral y por fin me hundo en la *rue Rivoli* y en la *avenue de l'Opéra* que me aturden, para meterme, buscando un poco de silencio, en el *Hôtel des Deux Mondes* en que me alojo, situado en esta última.

Es inútil huir de la calle si se vive en el centro de París; ella se nos mete por la ventana; la estoy sintiendo redoblar en la mía como un tambor muy grande, mientras yo trazo esta mancha de color. Si la encuentras un poco deshilvanada, inquieta, chillona acaso, no me echés toda la culpa; el original no se está quieto un instante: es París que hierve al sol.

LONDRES

No estaba indicada, como tú sabes, en mi itinerario de viaje, una visita á esta ciudad.

¿Porqué? Francamente no se me ocurre.

Estando en París, ¿qué viagero del continente europeo puede dejar de asomarse siquiera á este otro pequeño continente separado de aquél, más aún que por el Paso de Calais, por tantos rasgos morales que le imprimen carácter? Eso es lo que hago yo: me asomo sólo un momento á esta capital, y muy poco podré decirte de ella que no sea muy fugaz.

Siete horas y media de viaje separan á París de Londres. Buenos ferro-carriles; detestables vapores.

Almorcé tranquilamente en París, y, á las siete de la tarde, ocupaba mi butaca en el teatro *Covent Garden* de Londres en que se cantaba *Carmen* en francés ante la alta sociedad inglesa allí congregada... España, Francia é Inglaterra: un lio.